



Institución
Universitaria



Jorge Manuel
Escobar Ortiz

Como si contemplaras un
animal legendario

**COMO SI CONTEMPLARAS UN
ANIMAL LEGENDARIO**

**COMO SI CONTEMPLARAS UN
ANIMAL LEGENDARIO**

Jorge Manuel Escobar Ortiz



Como si contemplaras un animal legendario

© Instituto Tecnológico Metropolitano

© Jorge Manuel Escobar Ortiz

<https://orcid.org/0000-0003-3785-3114>

Hechos todos los depósitos legales

Edición: septiembre de 2020

ISBN: 978-958-5122-14-7 (impreso)

ISBN: 978-958-5122-16-1 (ePub)

ISBN: 978-958-5122-15-4 (pdf)

Silvia Inés Jiménez Gómez. Directora editorial

Alejandra Karina Flórez. Correctora de textos

Viviana Díaz. Asistente editorial

Alfonso Tobón Botero. Diagramación

Bibiana Arias. Diseño

Imagen de la carátula. Carlos ZGZ / flickr.com

Sello Editorial Fondo Editorial ITM

Calle 73 n.º 76A 354 / Tel.: (574) 440 5100 ext. 5197-5382

Editado en Medellín, Colombia

fondoeditorial.itm.edu.co • catalogo.itm.edu.co

www.itm.edu.co

Escobar Ortiz, Jorge Manuel

Como si contemplaras un animal legendario / Jorge Manuel Escobar Ortiz.

- Medellín: Instituto Tecnológico Metropolitano, 2020.

- (Colección Litterae)

1. Cuentos colombianos 2. Literatura colombiana I. Tít. II. Serie

863 SCDD 21 ed.

Catalogación en la publicación - Biblioteca

Las opiniones expresadas en el presente texto no representan la posición oficial del ITM, por lo tanto, son responsabilidad del autor quien es igualmente responsable de las citas realizadas y de la originalidad de su obra. En consecuencia, el ITM no será responsable ante terceros por el contenido

técnico o ideológico expresado en el texto, ni asume responsabilidad alguna por las infracciones a las normas de propiedad intelectual.

Diseño epub:

Hipertexto - Netizen Digital Solutions

*Para mi madre y mi padre,
a la espera de algo más*

CONTENIDO

Una historia de amor

Este lado del espejo

Madejas de hilo

La piel en el crisol

Vestido negro sobre fondo rojo

Un día en la vida

El agua bajo tus pies

UNA HISTORIA DE AMOR

—¡Atrás, atrás! —manotea el árbitro, cambiando la expresión del rostro por una de esas que ha visto en sus colegas por televisión, y los jugadores siguen como buitres sin hacerle caso, reclamándole por la jugada que acaba de pitar. Los de blanco le dicen que entonces qué, juez, lo va a dejar cobrar o no, y los de azul insisten en que nada, juez, no ves que este man se tiró, empujando un poco, con agresividad, pero sin llegar todavía a los puños. El árbitro sabe que el asunto no va bien, si no hace algo el río se le va a salir de madre, así que se saca las tarjetas del bolsillo sin mostrárselas a nadie todavía, más como una amenaza, y camina con paso tan firme como puede. —¡Atrás, atrás! — repite.

—Pero juez, mirá que se está haciendo —responde Clavo, señalando al jugador de blanco que se queja en el suelo.

—Vení te doy una igual a ver si también te hacés —dice el jugador de blanco y se soba la pierna.

—Pero juez...

—¡Atrás, atrás!

—Se está haciendo —insiste Clavo, el pelo en una coleta casi sobre los hombros, y toca con el pie al jugador de blanco, que salta de inmediato.

—¿Entonces qué, cómo's qué's? —dice el jugador de blanco enfrentando a Clavo.

—¿Cómo's qué's qué? —responde Clavo.

El árbitro se interpone entre los dos, ¡Atrás, atrás!, y le muestra la amarilla a Clavo.

—Por provocación.

—¿Cuál provocación, juez? ¿No ves que se levantó como un resorte?

El jugador de blanco empieza a cojear, pero es evidente que no es muy bueno simulando una lesión.

—Está actuando, juez, mirá que ya ni cojea —interviene ahora Ratón, con su pequeño bigote erizado por un penalti que no existió.

—¡Atrás, atrás! —y por fin el árbitro avanza con decisión hacia el punto de penalti y pone el balón en el suelo. Ratón lo mira con desdén y el bigotito parece bailarle sobre el labio.

El árbitro pita para que Ratón y el cobrador se preparen para el penalti. Un jugador de blanco se acerca y empieza a acomodarse el balón, pero Ratón no se mueve, pensativo. El árbitro vuelve a pitar y Ratón sigue sin moverse.

—¿Entonces? —pregunta el árbitro.

Ratón lo mira a los ojos, desafiante, y al final camina hacia la portería.

—Te lo sacastes de la manga, juez —murmura cuando pasa a su lado.

El árbitro lo oye y de inmediato le muestra la amarilla. Ratón no puede creer su suerte. Se lanza contra el árbitro, pero dos jugadores lo detienen y se lo llevan hasta la portería. Ratón forcejea con ellos gritándole insultos al árbitro.

—Listo, listo, todo bien —dice Ratón menos descompuesto, zafándose de sus amigos—. Ya, ya, todo bien, suéltemen.

El árbitro pita otra vez y con un gesto le pregunta a Ratón si va a tapar o no.

—Dale, Ratón, que todavía hay tiempo para empatarles a estos hijueputas —brama alguien desde algún lugar. Pero Ratón no le hace caso. Sigue pensativo, mirando al árbitro.

—Andá pa'l arco, Ratón.

Pero Ratón sigue mirando al árbitro y decide darle la espalda. Aunque en lugar de dirigirse a la portería, camina hacia la banca, donde los suplentes lo observan sin comprender qué sucede.

—¿Pero qué estás haciendo, Ratón? —y la voz del técnico suena como un ruego—. Andá pa'llá, güevón, que todavía hay tiempo.

Ratón no le presta atención y comienza a buscar su bolso entre los que cuidan los suplentes en la banca. Lo abre y de repente todos se alejan de un brinco a medida que él avanza, formando un sendero a su lado. Ratón, sonriente, regresa a la cancha con una pistola en la mano, apuntándole al árbitro con una mueca.

—Bueno, juez, ¿qué decidistes? ¿Fue penalti o no?

El árbitro se queda estático, pálido. No sabe qué contestar. Los otros jugadores huyen, algunos hasta el borde de la cancha, otros hasta las graderías, dejándolo solo con Ratón. Los espectadores no se mueven, expectantes, pero listos para salir en estampida cuando suene el primer disparo.

—Contestá, pues, juez, ¿fue penalti o no?

El árbitro sigue mudo. Solo se fija en el cañón de la pistola, que en ese momento le parece particularmente brillante. Un cubo de hielo le baja por los huesos desde la cabeza hasta la cintura. La imagen de su esposa le pasa por los ojos, como una despedida.

—¡Contestá pues!

Pero es otra la voz que responde por el árbitro.

—¡Ratón, hijueputa, soltó eso!

Ratón mira hacia las escaleras de cemento que unen la tienda de arriba con la cancha y ve a un hombre gordo, de camisilla, pantaloneta y sandalias de playa con medias, que baja con dificultad agarrado del pasamano.

—Pero Sancho... —se queja Ratón sin dejar de apuntarle al árbitro.

—Sancho nada, malparido, Sancho nada —responde el otro a unos pasos de Ratón y estira la mano—. Entregame eso ya.

Ratón duda.

—Pero Sancho, este man se lo sacó del bolsillo, vos vistes.

—¡Que me la entregués, maricón!

Ratón baja la mirada, alargándole la pistola a Sancho. El árbitro sigue sin moverse, sin parpadear, con el color de la cara recogido en los pies.

—¿Vos qué te creés, gonorraa? —dice Sancho guardándose la pistola en el resorte de la pantaloneta, debajo de la camisilla—. ¿Que qué te creés, maricón? —Ratón sigue sin contestar. —¿Creés que podés ir calentando otra vez al que querás aquí sin permiso o qué? ¿Eso creés? —Ratón no lo mira. —¡¿Que qué te creés?!

—No, Sancho, yo no me creo nada —dice Ratón al fin.

—¿Nada? ¿Nada de nada?

—No, Sancho, nada de nada.

—Pues quedás advertido, maricón. Volvés a hacer una así y te voy es calentando a vos, ¿entendiste? Porque lo del Negro no se repite, ¿entendiste?

Ratón no responde.